



IV. EL SACRIFICIO DEL HEROE¹



El espectáculo más hermoso, más emocionante, más grandioso que se puede ver en España hoy es, sin duda, la corrida de toros. “La Fiesta más Nacional”, según el Conde de las Navas, quien, hombre de su época, pensaba que el orgullo de los españoles como tales estaba en cierto modo arraigado a este espectáculo, como si no pudiera ser uno español completo sin haberse estremecido ante la muerte de un toro mientras mamaba del pecho de su madre.

Puede uno sospechar que la corrida es más que un espectáculo —es decir, más de lo que ve el espectador— y exige la participación del público. En efecto, un joven colega estu-

¹ Nota del Editor: Texto completo del artículo publicado por J. Pitt-Rivers en *El País* (Madrid, 4 de octubre de 1985) en homenaje al matador Francisco Rivera, *Paquirri*, muerto a consecuencia de la herida producida por el toro *Avispado* de la ganadería de Sayalero y Bandrés el 26 de septiembre de 1984 en la plaza de toros de Pozoblanco (Córdoba) (Fig. n.º IV.1). Se da la trágica circunstancia que con *Paquirri*, aquel aciago día, compartían cartel *El Yoyo* y *El Soro*. Los percances padecidos por este último en el tercio de banderillas que realizaba con mucho riesgo lo han dejado fuera de los ruedos, pero *El Yoyo* —un matador en el que la afición de Madrid ponía toda su esperanza— también murió víctima de otra cogida. Séales a estos dos valerosos matadores, que permanecen en la memoria de los aficionados, la tierra ligera. He revisado el original del texto del artículo que se halla, actualmente, en el Archivo del Departamento de Etnología y Sociología Comparativa de la Maison René Ginouvès (Universidad París X-Nanterre).

dioso de la tauromaquia, Rafael Pérez Molina, distingue entre el espectador y el aficionado. Tener afición es más que tener algunos conocimientos de tauromaquia. Es participar.

El espectáculo más corriente en Europa es el teatro, pero hay una diferencia fundamental entre ambos. Los eventos del coso son auténticos; los del teatro, fantasía. Los personajes del teatro son ficticios, son ellos mismos quienes, tras bajar el telón por última vez, se deshacen de su papel para recibir los merecidos aplausos por la perfección de su disfraz. Terminado el espectáculo volvemos a la realidad porque no era más que una ficción: Hamlet, que hemos visto caer muerto por el veneno en la espada de Laertes hace cinco minutos, reaparece sonriendo y saludando a sus admiradores. Si tiene algo de Verdad está a un nivel más profundo que el de la vida cotidiana. Pero el muerto en el ruedo, como escribía García Lorca, está «muerto para siempre». La sangre es la sangre del toro, o del matador: no es pintura roja como en las películas.

La corrida es un rito, un sacrificio mucho menos pagano de lo que se ha dicho, a pesar de ser en cierto modo heredero del sacrificio mitraico, porque está íntimamente ligado a la religión católica, con la cual siempre ha mantenido una relación ambivalente. Es la reivindicación de la hombría a través del sacrificio del animal más viril del bestiario moderno, el toro, quien lega a la humanidad, en su inmolación, sus cualidades de macho fértil. Al final de la suerte el matador se hace toro, brazos arqueados en forma de cuernos, una oreja en cada mano para la vuelta triunfante al ruedo, pues reparte esta esencia, que son sus trofeos, entre los tendidos, poniéndose el sombrero de su admirador antes de restituirlo, enjugándose el sudor con un delicado mantón que le ha enviado

por el aire una bella mujer, bebiendo de la bota que le lanza un entusiasta y devolviéndola a su propietario, comunión mística a través del vino ingerido en común.



Fig. n.º IV.1.— *La corrida de la tragedia*. Anuncio de la corrida de toros de la ganadería de Sayalero y Bandrés en la plaza de toros de Pozoblanco (Córdoba), celebrada el 26 de septiembre de 1984, en la que compartiendo cartel, como puede apreciarse en la figura, con Vicente Ruíz —*el Soro*—, y José Cubero —*el Yiyo*—, el toro Avispado le infligió la muerte. El 30 de agosto de 1985 en Colmenar Viejo el toro *Burlero* de Marcos Núñez, a pesar de estar herido de una soberbia estocada, hizo por su matador, *El Yiyo*, lo derribó, tirándole una cornada que le costó la vida. Los graves percances sufridos por el *Soro* ejecutando la suerte de banderillas lo han obligado a alejarse de los ruedos. Como se ve los matadores tampoco se sustraen al sacrificio (Apud J. C. Arévalo y J. A. del Moral, 1985: *Nacido para morir*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º 1 de la Col. *La Tauromaquia*, pág. 63).

Como todos los ritos, la corrida pertenece al mundo de lo imaginario, sin dejar de ser real. Da un sentido simbólico a una realidad que, si no, no tendría más que su pobre sentido práctico. Los ritos son transacciones de *gracia*, y la gra-

cia que se obtiene en la corrida es la hombría, cualidad moral por ser valor, y física, por depender en España de las fuerzas de la Naturaleza, de las cuales los humanos siempre tienen la pretensión de distinguirse.

Entre la realidad de la corrida y la fantasía del teatro hay otras formas de espectáculo posibles, que corresponden más o menos a la verdad práctica y utilizan más o menos grados de fantasía. Casi todas estas formas se encuentran en el circo: un poco de fantasía, un poco de decepción, un guiño en dirección a la historia y la verdad eterna en la arena, materia reducida por el mar a la forma más informe del mundo físico, grado cero de lo material.

Los trucos del prestidigitador sabemos que son trucos. El caballo Hans, que sabía contar y sumar dando con la pezuña en el suelo, no era ningún matemático sino que seguía la reacción del público participante hasta darle una pista. El simio se viste de marinero pero no sabe navegar. Buffalo Bill resucita el Far West mientras forma con su lazo círculos en el aire, saltando con su caballo a través del arco que ha levantado con la magia de su habilidad. Los equilibristas desafían la ley de la gravedad. Todo el sentido del circo es, precisamente, contradecir a la Naturaleza, contravenir de las leyes de la realidad que funcionan a diario. Un escapismo al aburrimiento que estas leyes nos imponen. Es la demostración de la existencia de lo maravilloso: los trapecistas vuelan como pájaros, los contorsionistas se convierten en nudos humanos, como si estuvieran hechos de goma. El mago con la sierra corta por la mitad a la guapísima ayudante, separándola en dos, pero sale entera de la caja. El tigre, en vez de comérsela, se deja acariciar por la chica de medias relucientes. Los payasos se saltan las reglas de la conducta social, intercambiando impertinen-

cias y palizas ruidosas que no les duelen. Pero al mismo tiempo viven todos en la realidad: si el trapecista se cae va a la enfermería y sale, si sale, dañado para el resto de su vida. El estiércol que deja caer el caballo en la pista es igual que el que hecha en el prado.



Fig. n.º IV.2.— Francisco Rivera, "Paquirri", de becerrista (Apud J. C. Arévalo y J. A. del Moral, 1985: *Nacido...*, *op. cit.*, pág. 67). Fotografía de Vicente Rodríguez de la primera actuación delante de público de *Paquirri* que aparece rodeado de trabajadores del campo de Tahivilla (Fot. de V. Rodríguez).

El deseo de superar la realidad pertenece a todos los tiempos y todos los países, pero ¿cómo se puede lograr tal triunfo si no es por la *gracia*? El teatro, como el rito, es transmisor de la gracia en un sentido o en otro. Crea un sistema cerrado, aparte de la realidad literal, pero siempre tiene que

unirse a esta realidad que niega. Por eso el público tiene que participar, no solamente en el rito religioso, sino en el teatro: a través del coro en el teatro griego clásico, pero también en



Fig. n.º IV.3.- Francisco Rivera, "Paquirri", lanceando a la verónica en la plaza de Zaragoza (Fot. de Podio en J. C. Arévalo y J. A. del Moral, *Nacido...*, op. cit., pág. 131).

el moderno: cuando Harpagón, el avaro de Moliere, encuentra que le han robado su tesoro acusa a los miembros del auditorio de ser los ladrones, nos inculpa a nosotros. ¡Ya no es fan-

tasía, sino realidad! Los personajes de Pirandello siempre se salen del escenario para demostrar que estamos presenciando acontecimientos de la realidad y no una simple ficción.



Fig. n.º IV.4.– Francisco Rivera, “Paquirri”, en un pase de pecho durante la Feria de las Fallas de Valencia de 1981 (Fot. de Cano en R. López Uralde, 2000: *El Cossío*, op. cit., vol. 11, pág. 151).

También en el circo, el malabarista finge dejar caer el plato para recogerlo en el último momento. Enseña que estamos en el mundo de los acontecimientos normales

donde puede uno fracasar. Y viene después el payaso, imitándolo con su vajilla de goma fijada al palo girante. Para que la maravilla sea probada hay que compararla con la vida normal, que el elemento de decepción desaparezca. Porque el milagro es la verdad, más verdadero que los acontecimientos en la calle.

Hay algo de milagro en la corrida. Que un toro bravo de 500 kilos sea dominado por un hombre de 60, armado sólo de una tela, es un milagro. Milagro que imita en cierto modo los milagros de los santos medievales que apaciguaron a una res furiosa poniéndole su estola alrededor del cuello. El milagro, esta vez, no es por la *gracia* del hombre de paz, sino del que tiene más valor y más arte que los demás hombres. También hay engaño, pero solamente del toro, víctima sacrificial cuya burla es parte integral del sacrificio y necesaria para separarlo de su honor, que va a recaer sobre su inmolador.

Lo que pasa en el ruedo es la verdad aunque parezca milagroso; sin embargo es imposible mantener siempre la fuerza del milagro en un rito técnicamente tan complicado y arriesgado como es la corrida, tan sujeto al fallo humano.

A causa del parecido entre los dos espectáculos, existe una tendencia para la corrida en decaer en circo, donde lo maravilloso puede lograrse a menos costo que el milagro de la corrida. Vienen entonces al ruedo los espectáculos sin ritual, las fiestas taurinas cómicas, las charlotadas, don Tancredo y compañía y toda clase de trucos de circo. Trucos que se han practicado al margen de la corrida desde la época de Goya como podemos ver en la colección de sus grabados.

A principios de siglo se llegaron a poner banderillas desde el asiento de atrás de una motocicleta. Y nunca se há

podido decidir si había que tomar a las toreras en serio. El toreo femenino ¿es una verdadera corrida, o es un número de circo? Hay una contradicción evidente en la torera que



Fig. n.º IV.5.— *El sepelio de Paquirri en Sevilla fue una impresionante manifestación de dolor popular* (Fot. de Arjona en P. Veilletet et V. Flanet, 1986: *Le Peuple du Toro*, Paris, Hermé, pág. 139). La imagen recuerda cómo la afición sevillana le otorgó, espontáneamente, al héroe trágicamente desaparecido, la última vuelta al ruedo en la Real Plaza de Toros de la Maestranza.

representa los valores de la hombría, pero, si se olvida la significación simbólica, hay algunas que han toreado bas-

tante bien². Cuando en 1908 se prohibió a las mujeres figurar en las corridas, *La Reverte* sacó a la luz el hecho de que era hombre y no mujer y siguió toreando con el nombre de Agustín Rodríguez, alcanzando cierto renombre como banderillero, truco que nos parece hoy banal pero, en aquella época, ver torear a una mujer era bastante más impresionante que sacar un conejo de la chistera.

El sacrificio del toro, hemos dicho, es un rito donde se aseguran los valores tradicionales de los sexos en la sociedad hispánica, que depende en cierto modo del concepto que tiene esa sociedad de lo que son los hombres y las mujeres, Álvarez de Miranda definió la corrida como un rito de fertilidad y no estaba tan descaminado.

Pero cuando es el toro que mata al hombre todo se invierte. La Naturaleza triunfa sobre la raza humana en lugar de entregarse a ella. No es el rito festivo que refuerza los valores de la sociedad hispánica sino un sacrificio de índole más profundo. No termina en el arrastre decoroso del toro con vuelta al ruedo

² Nota del Editor: En los últimos años ha destacado Cristina Sánchez, alumna de la Escuela Taurina de Madrid, que si no me equivoco ha sido la primera matadora de la historia de la Tauromaquia en recibir la alternativa. En efecto, en 1996 la tomó en Nîmes (Francia) de manos de Curro Romero, oficiando de testigo José M.^a Manzanares, con toros de Alcurrucén. Nació en Villaverde (Madrid) en 1972. Actuó en más de cien novilladas antes de hacerlo con picadores en Quito (Ecuador) en 1992. Se presentó en 1995 en Madrid donde triunfó lo que le permitió repetir en Ventas y tocar en la Maestranza de Sevilla donde cortó una oreja en cada toro saliendo por la Puerta Grande. En 1996 se despidió de novillera en Madrid cuajando una gran faena que le permitió salir a hombros. Salvo toreros de una delicadeza muy especial, como es el caso, primero de El Cordobés y después de Curro Romero, se encontró con la enemiga de la mayoría de los matadores que se negaron a torear con ella. Se vio obligada a retirarse (Ver Dulce Chacón: *Cristina Sánchez. Matadora*, Barcelona, Planeta, 1998).

y aplausos por su bravura hasta llegar al desolladero, sino que va hasta otro nivel. El rito no se limita a la plaza de toros ni a la enfermería donde habrán llevado al torero cogido, sino que se despliega por todo el país y no se remata hasta que éste esté en la tumba. El toro muere para los que han venido a la fiesta, pero al torero agonizante se le atribuyen proporciones de acontecimiento nacional. El héroe, aclamado por los cientos de toros que ha sacrificado, que se ha hecho toro tantas veces, muere como el animal, su sangre se derrama en la arena. Es el momento relámpago en que todo lo que hemos dado por supuesto desaparece: se interrumpe la rutina que esperamos del desarrollo inevitable de la fiesta y ocurre un milagro mayor, lo contrario de lo que la lógica del rito ordena. Es el sacrificio del héroe.

Todo sacrificio es la desposesión de sí mismo y siempre es uno mismo lo que se ofrece a través del animal inmolado del que se deshacen los sacrificantes. En el héroe sacrificado la fuerza de la Naturaleza no se transmite a través de las orejas del toro, de la bota o del sombrero de ala ancha, sino directamente, por el sacrificio de él, con el cual nos sentimos ligados por nuestra afición. La cornada la sentimos en nuestro propio cuerpo.

El héroe se llamó *Paquirri*. Un joven guapo, con arte y valor, que recomendó calma al cirujano que le estaba operando. Ha dado su vida para que los demás toreros de España puedan cumplir su milagro en cada fiesta de pueblo impartiendo la *gracia* a través de la corrida, y también para demostrar que si necesitamos las fuerzas de la Naturaleza para ser hombres podemos alcanzar en algunos raros casos el rango de héroe, de ser *sobrenatural*, que, como todos los dioses del Mediterráneo, logra su Apoteosis al ser sacrificado, reinando así después de morir.